Tomo 3.° Lunes 8 de Setiembre de 1851. Núm. 97.

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES. . . . . 4 RS.
POR TRES MESES. . . 10
POR UN AÑO. . . . 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES. . . 12 RS.
POR SEIS MESES. . . 24
POR UN AÑO. . . . 50

RENATA.—ANECDOTA DEL JURA.

V.

UN HERBORIZADOR.

Habia trascurrido un nuevo periodo de dos años, y la ansiedad de los Perisard iba en aumento como su cariño á la encantadora Renata. Una mañana acompañó á Francisco á un bosquecillo separado de su cerca, á donde fué á recoger algunas ramas para los guisantes de su huerto. Mientras hacia los haces, ella se entretenia en formar ramilletes. Presentóse un estrangero en el bosque con una caja de hoja de lata á la espalda, y un baston en la mano.

Hé ahí un herborizador, dijo Francisco al verle avanzar hácia él; el estrangero parecia que no le veia, y le tropezó al pasar.

—No os veia, dijo, y al mismo tiempo cogió la mano de Perisard, y la sacudió vivamente.

En su acento y en su semblante, Francisco conoció que era inglés.

—¿Podeis decirme en dónde está la posada?... prosiguió el estrangero, limpiándose los cabellos y la barba que llevaba muy larga.

—La posada se encuentra muy lejos de aquí, y nos hallamos á diez minutos de mi casa. Si gustais podeis venir y os refrescareis con un poco de vino blanco...

—¡Sí, sí, vino blanco! bueno, bueno.

Y al estrechar la mano á Perisard, vió á Renata que subia por una cuesta muy pendiente con un gran ramillete de varias flores en la mano.

—¡Ah!... ¡Qué hermosa niña!... esclamó.

—Renata, querida mia, ¿no te habia prohibido que bajases sola al sitio donde has cogido esas flores?...

—Cuando están altas las aguas, papá, pero ahora han bajado mucho.

—¿Quieres darme esas flores?...

Al oir aquella peticion, hecha con el tono mas tierno, Renata presentó su ramillete al inglés, que le recibió con el mayor júbilo.

En seguida se dirigieron hácia la casa, en donde el estrangero fué recibido con la mayor cordialidad, aunque su encuentro casual en el bosque alejase toda idea de que su visita fuese la que se esperaba hacia cuatro ó cinco meses. Renata, sorprendida al principio del acento estrangero del huésped, concluyó por acostumbrarse á él, y contestaba con gracia á sus caricias, un poco apelmazadas, pero candorosas é ingénuas.

Mas franco que lo son por lo comun sus compatriotas, el huésped de Perisard, al beber el vino, le participó que era profesor en la universidad de Oxford, cualidad que aquellas buenas gentes no podian apreciar; pero comprendieron que era un gran sábio, y como era inglés concluyeron que seria rico, aunque recorriese á pié y solo las montañas, como pudiera hacerlo un mancebo de una botica.

Les dijo ademas que era casado, padre de familia, y que tenia dos hijas poco mas ó menos de la misma edad que Renata.

—Busco, prosiguió, una jóven que hable el francés, y que tenga buena salud y carácter. ¿Quereis confiarme vuestra hija?... hará su fortuna. La daré cincuenta guineas cada año, será la compañera de mis hijas y recibirá la misma educacion.

Los Perisard se negaron abiertamente. Aun antes de que concluyese de hablar el inglés, conociendo en lo que iba á parar, apartaron de su lado á Renata. El catedrático de Oxford aparentó quedar sumamente disgustado, y para tratar de vencer la resistencia de los Perisard, les premetió desde luego informes exactos acerca de su persona, y les hizo en seguida ofertas mucho mas brillantes para su hija. Todo fué inútil.

—No podemos separarnos de Renata, contestó Perisard con el tono mas firme, y de una manera que daba á entender que no habia que hablar mas del particular. Entonces el inglés le alargó la mano y le dijo:

—Sois un escelente hombre; y bebió un vaso de vino á su salud; sus ojos brillaron de alegria.

—Francisco, dijo Juana con aire receloso, el señor ha querido probarnos; ese caballero es...

—Un amigo de vuestros amigos; replicó vivamente el inglés; ya les diré que sois siempre los mismos; siempre fieles....

—Pero decidles, caballero, que nos hacen sufrir mucho con sus misterios. ¿Por qué no obran con franqueza?..... ¿Por qué se obstinan en no darse á conocer? ...

—No pueden todavía, respondió con repentina gravedad el nuevo visitante. Resignaos como ellos á esa necesidad; padecen mas que vosotros.

Dichas estas palabras tomó su sombrero de paja, su baston, su caja de hoja de lata, y partió, no sin dejar sobre la mesa una bolsa, á la que Perisard no pudo mirar con indiferencia. Juana, mas ocupada del hombre que de su oro, le siguió con la vista fuera de la casa, le vió abrazar á Renata que encontró al paso, y alejarse de ella enseñándola su ramillete.

—Muger, dijo Perisard, á quien Juana refirió lo que habia visto; ¿será ese el padre de la niña?...

—¿Por qué él, y no el calderero ó el pintor?...

—¿Y si era el mismo hombre?...

—¿Cómo puedes decir esa sandez?... pues si este apenas sabe el francés.

—Se imita muy bien el lenguage. Eso ya lo conocemos.

—Pero no se imita la figura....

—¡Con una barba!.... la del calderero era canosa, la del pintor rubia, y la del inglés es roja... ¿y no te parece que el sonido de su voz era el mismo?...

—¡Es verdad!... ¡qué sutileza en todo eso, Francisco!... Comienzo á inquietarme y no espero nada bueno; nos confian su niña y no quieren confiarnos su secreto... eso no debe ser nada justo. Escucha; á pesar de su oro y de todas sus promesas, cuando veo á mi pobre niña bailar y saltar, ú oigo sus canciones, se me oprime el corazon, me ahogo, y temo yo no sé qué. ¡Ah!... ¡mi querida hija!.... plegue á Dios dejarte con nosotros, ó llevarte á su gloria.

Interrumpiéronla la voz los sollozos, y le costó mucho trabajo al marido el consolarla. La ternura, la inquietud y el despecho habian producido aquel trasporte; Juana logró contenerse; pero desde aquel dia perdió su reposo.

Desfiladero del Jura.

VI.

EL SECRETO SORPRENDIDO.

La misma Renata no tenia la indiferencia propia de su edad; las diversas escenas de que habia sido testigo sin comprenderlas, las misteriosas conversaciones que Juana y Francisco solian tener sin la debida precaucion, y algunas palabras imprudentes pronunciadas delante de ella, habian llamado su atencion: veia que la ocultaban alguna cosa, y trataba de descorrer el velo al secreto, cuya confianza no podia pedir.

Un dia que apacentaba sus cabras al lado de la casa, el sol del medio dia la hizo sentir que el gorrito blanco que tenia puesto, no era suficiente para resguardarla de sus ardientes rayos: mas como su sombrero de paja estaba en la habitacion que daba encima de la en que Francisco solia descansar algunos instantes en aquella hora, se quitó los zapatos, entró sin ser vista, y andando de puntillas, se dirigia hácia la ventana que estaba abierta, cuando oyó á Juana y Francisco que hablaban con vivacidad y en voz baja. Sacó un poco la cabeza, y observó que estaban en la ventana situada debajo de la suya. Una tabla muy ancha colgada de la en que estaba Renata, contenia unas colmenas. Aquel obstáculo impedia que la vieran, y un hueco que quedaba entre la tabla y la pared, la permitió, á pesar del lijero zumbido de las abejas, percibir distintamente todas las palabras de los que creia sus padres.

¡Pobre niña!... bien pronto supo cuanto podian decirla acerca de su condicion. Hubiérase dicho que aquel dia habian emprendido la tarea de repetir toda su historia, desde el principio hasta la visita del inglés. Los Perisard se detenian en todos aquellos pormenores, para deducir de ellos los indicios que buscaban, sobre la posicion, la fortuna y las intenciones de los padres de Renata. En fin, no pudiendo resistir ya por mas tiempo su emocion, y temiendo tanto mas el ser sorprendida cuanto mas sabia, aprovechó un momento en que la conversacion se habia animado, para escaparse sin ruido, volver á donde estaban sus cabras, y llorar en libertad.

Un secreto doloroso, es un peso abrumador para la infancia. Renata acababa de saber, sin hallarse preparada para ello, cosas capaces de producir una funesta perturbacion en sus órganos delicados. ¡Francisco no era su padre!... ¡Juana no era su madre!... ¡Los verdaderos autores de sus dias se ocultaban á unos y otros! A pesar de lo que habia oido, no podia comprender ni su conducta ni su desgracia. Me mantienen, decia, me aman, y no quieren que yo los conoza para amarlos tambien!

En medio de sus angustias, aquella amable niña supo hallar consuelo y fuerza en la religion, amiga de todas las edades y de todos los estados. La buena Juana habia desarrollado aquel sentimiento en Renata con su ejemplo, haciéndola reflexiones á cada momento, y con la costumbre de la oracion. La religion se habia ademas arraigado en aquella niña, merced á Mad. de Varni, bajo las formas mas atractivas: una religion que canta y se sonrie, es una compañera muy adecuada para la infancia. Renata, pensando en sus padres desconocidos, que la hacian el bien sin ostentarle, concluyó por pensar que obraban con ella como Dios con los hombres, y supo aplicar á sus secretos protectores una cancion que habia aprendido en las lecciones de la encantadora señora de Paris:

Con su riqueza
yo me alimento,
y siempre moro
en su pensamiento.
Jamas olvido
sus buenos hechos,
de su existencia
nada comprendo.

Mi pobre infancia
endulzará,
su poderio
me sostendrá.
Vivo contenta,
con esperanzas,
bendigo al cielo
siempre me ampara

Renata no estaba entonces bastante tranquila para cantar, ni aun para recitar versos; pero se presentaron á su memoria con su dulce melodía, resonaron en su oido, y sus lágrimas corrieron con menos amargura. Delicada y tímida, no quiso que sus amigos se apercibiesen de que conocia su secreto: corrió á la fuente,

Biblioteca Regional de Madrid

se lavó con agua fresca los ojos, hinchados con el llanto, y cuando tuvo que presentarse delante de los Perisard, no manifestó ninguna emocion: los nombres de padre y madre, salieron de sus labios sin esfuerzo como antes.

Mas cuando podia escaparse sin ser vista, marchaba con presteza al sitio en donde se habia sentado al lado de su *madrina*, la hablaba aunque estaba ausente, y la llamaba para que acudiese á ver á su hija: fija su mirada en el camino que serpenteaba por la montaña, buscaba sin cesar algun motivo de esperanza. No veia carruage que no fuese de sus padres. La ilusion la duraba hasta el momento en que llegando junto á ella, á la última revuelta del cámino, una ojeada la bastaba á Renata para reconocer su error.

VII.

ESPLICACIONES.

Mas de cuatro años trascurrieron sin que aquellos padres diesen señales de vida. Comparando aquel abandono con los tiernos cuidados de sus guardadores se cansó de fijarse en una idea lejana, y su afecto se adhirió cada vez mas á sus modestos bienhechores. Asombrados ellos mismos de no tener noticias, llegaron á persuadirse que los habian olvidado, y se creyeron con derecho para poner en ejecucion un proyecto que habian formado largo tiempo hacia. Tratábase de vender su pequeña posesion, abandonar el pais, é irse tan lejos, que los padres de Renata no pudiesen descubrir su huella. Descontento Francisco de las malas disposiciones de sus envidiosos vecinos, no le repugnaba aquella empresa, pero Juana era la que aceleraba la ejecucion. Estremecíala la idea de que la arrebataran su niña, y esto no solamente era en ella efecto de ternura, sino tambien de un temor supersticioso, de un siniestro presentimiento.

Era preciso primero, disponer á Renata para aquella marcha, y nuestras buenas gentes no preveian en ello ninguna dificultad: pero en cuanto supo de lo que se trataba, la fuerza de la sangre volvió á recobrar su imperio: Renata resistió, y supo proponer con destreza, cuantas razones podia alegar sin descubrirse. Habló de aquel hermoso campo de su jardin, su cuartito y su ventana entapizada de enredaderas: se moriría de pesar lejos de la casita que siempre habia visto y de aquellas montañas, que segun habia oido decir, eran las mas bellas del mundo. En fin, recurrió á las lágrimas y las caricias. Los Perisard, conmovidos y sorprendidos de aquella obstinacion, cedieron y resolvieron aguardar los acontecimientos, resignándose con los designios de la Providencia.

Pasado algun tiempo, Francisco fué á la ciudad á hacer algunas compras, y al pasar por delante del puesto de un librero, le dió la idea de comprar un libro para Renata. Como no se hallaba en estado de hacer por sí mismo una buena eleccion, se dejó servir al azar, y cuando llegó á su casa por la noche, se apresuró á hacer el regalo. Trataron de gozar de él inmediatamente. Renata abrió el libro y comenzó la lectura, á que segun su costumbre, prestaron los tres grande atencion. Era una narracion, que con un título insignificante tenia tanta semejanza con la historia de Renata, que se quedó atónita. Prosiguió sin embargo, pero cada nuevo rasgo de semejanza era para ella una profunda herida. Los esfuerzos que hacia para disimular, aumentaban su malestar: cuando ya estaba concluyendo, apenas veia, y apenas leia de una manera inteligible, cuando enfurecido Perisard por la mala eleccion que habia hecho, y no menos turbado que la misma Renata, la arrancó bruscamente el libro de las manos, y le arrojó al fuego. Renata, no pudiéndose ya contener, lanzó un grito de espanto.

—¡Mis padres!... dijo, ¡volvedme mis padres!...

Aquella esclamacion involuntaria, sumió á los tres en un verdadero estupor: guardaban silencio y no se atrevian á mirarse. En fin, Juana estrechó á Renata en sus brazos, y la bañó con sus lágrimas. Francisco se paseaba con precipitacion y se golpeaba la frente.

—¡Todo lo sabe! ¿cómo habrá sido?

—Por vosotros mismos, mis buenos amigos: acordaos de una conversacion que tuvísteis á la ventana; yo la estaba escuchando. Perdonadme, pero no os aflijais; siempre seré vuestra obediente hija, y guardaré mi secreto y el vuestro. No creais que os amo menos desde que le conozco, ni que siento parecer una aldeana, Dios lo ha querido sin duda para mi felicidad, y si todavía deseais dejar este pais, estoy pronta á seguiros.

Estas últimas palabras de Renata, causaron alguna confusion á sus custodios. Comprendian entonces por que se habia opuesto á su proyecto con tanta tenacidad, y conocieron que podia censurarles el haber tratado de ocultarla á sus padres. Juana creyó necesario esplicarse con ella francamente acerca de esto; participó sus temores á Renata, sin poderlos justificar con ninguna razon sólida, temores que causaron tambien una fuerte impresion en la niña: aquella vez sintió que se suspendiera la marcha.

Despues que ya eran conocidas las cualidades recíprocas, todo iba bien entre aquellas buenas gentes. Puede usarse de disimulo con un niño, pero el fingimiento tiene algo de repugnante con una jóven llena de razon y de sensibilidad. Juana y Francisco sentian un placer en no tener ya secretos para su educanda. Cuanto mas avanzaba el tiempo, mas se persuadian de que nunca se la quitarían: ella por su parte no cesaba de apellidarse su hija, y de prodigarles los nombres mas dulces.

Acercábase ya á la época de la vida, en que en un corazon tierno y una imaginacion viva, se desarrolla el sentimiento religioso, y llega á ser para la criatura humana, como una segunda naturaleza. El misterio que rodeaba á nuestra jóven Renata, la daba ideas mas sérias que las que regularmente suelen tener las personas de su edad: la soledad favorecia aquella disposicion melancólica, pero los cuidados de la amistad, las ocupaciones campestres, y el espectáculo de una naturaleza magnífica, daban á aquella melancolía una apacible dulzura. Muchas veces Renata derramaba lágrimas en secreto, pero las derramaba en el seno de su Dios, siempre pronto á consolarla, siempre vivificando su corazon con una celeste llama, y alimentándole con un amor que no deja lugar al sentimiento.

—¡Dios mio! decia, ¿podrá el mundo darme algo que vos no me deis?.... Lo que me ocultais sin duda conviene que yo no lo sepa. Soy como las flores que nacen de una semilla llevada por el viento, y que jamás vieron la planta de que nacieron: soy como el pajarillo á quien abandona su madre, y que os confia. Dios mio, en cuanto es capaz de saludar cantando á vuestro sol. ¡Es tan plancentero, tan alegre, el vivir!... ¿y no lo estaria yo cuando mi pensamiento puede unirse al vuestro, yo, que os encuentro en mi alma cuando os busco? ¡Lo conozco muy bien, Dios mio; por vos bebo á cada momento en la fuente de la felicidad!....

No esplicaremos cómo pudo la jóven Renata elevarse á sentimieutos tan sublimes. Hay corazones dichosos, y entendimientos dichosos á quienes una inclinacion natural arrebata hácia el cielo. Estos no necesitan socorro humano: una sabiduría precoz é instintiva, los guia hácia el objeto eterno de la vida. De semejantes criaturas se dice que tienen por patria al cielo, y que el mundo no es digno de poseerlas.

Asi vivia Renata tranquila, serena, risueña, objeto de amor y veneracion para sus dos amigos, que se creian bendecidos con su presencia. Flor solitaria que abria su cáliz en la montaña, hasta el dia en que debian cumplirse los designios de un misericordioso libertador.

VIII.

DESENLACE.

Una parienta de Juana se hallaba gravemente enferma y la envió á llamar con premura: habitaba á dos leguas de alli. Juana estuvo ya casi decidida á llevarse á Renata, pero la distancia era larga, y no decian si la enfermedad era ó no contagiosa: la buena muger se marchó sola. Se acordó, pues, que Renata no se separaria de Francisco que tenia que segar un prado inmediato al bosque en donde en otro tiempo habian encontrado al inglés. Renata llevaria las cabras para que pastasen, mientras Francisco descansaba de su trabajo.

Así se hizo: cuando Francisco llegaba á una punta del prado, levantaba la cabeza, y veia en la otra estremidad, al otro lado de un estrecho barranco, á la jóven pastorcilla, por entre algunos arbustos. De repente llegaron á donde él estaba varias personas, dos vecinos, dos gendarmes, y un dependiente de justicia. Este le dijo que iba á practicar una diligencia en su casa, y le intimó que los siguiera. Francisco le pidió esplicaciones, que le fueron negadas. A pesar de la turbacion que le produjo aquel suceso, no olvidó á Renata, ¿pero qué debia hacer?.... Indudablemente la asustaría si presenciaba aquella escena.

—¿Me dentreis mucho tiempo?...., dijo.

—Segun: eso debeis saberlo vos mismo. ¿No os reconoceis culpable?....

—¡Yo culpable!.... ¡Ah! si basta ser inocente para ser libre, vamos, bien pronto quedará concluido. Démonos prisa: es necesario que yo vuelva aqui dentro de algunos momentos. No inquietemos á esa niña, y seguidme por este lado.

Desfilaron á lo largo de las zarzas, y Francisco oyó á Renata que cantaba.

Cuando estuvieron cerca de la casa, el oficial de justicia trató de obtener algunas confesiones por medio de preguntas generales: pero, ¿qué revelaciones podia hacer un hombre que no comprendia lo que querian?

—Vamos á ver, le dijo, si vuestro escritorio nos suministra algunos indicios contra vos.

—¿Mi escritorio?... ¿pues qué, pretendeis registrarle?

—Ese es mi deber.

Francisco opuso una viva resistencia, para lo cual alegó razones poco conducentes. Obligáronle á abrir. Previendo entonces el descubrimiento que iban á hacer, lo manifestó. Empero aquella tardía declaracion, se atribuyó á precaucion y astucia, y creyeron conseguir un triunfo al encontrar una gruesa suma en oro. Intimaron á Perisard que justificase la procedencia de aquellas cantidades.

—Son mias, esclamó, son el fruto de mi contínuo trabajo y de mi economía: lo juro.

Insistieron, y no quiso dar esplicaciones mas exactas, por que no se creia reducido á semejante estremidad.

—En ese caso, os arresto, dijo el oficial. Disponeos á seguir á esos hombres.

—¿A los gendarmes? ¿yo preso?... ¡Qué desgraciado soy!... Juana, ¿en dónde estás? y tú, Renata, hija mia, ¿que direis?... ¿qué va á ser de vosotras?...

La cólera y el dolor le ahogaban. Su turbacion no le permitió observar que el tiempo iba poniéndose tempestuoso; al sacarle fuera de la casa dió un trueno muy fuerte.

—¡Dios mio, está sola!.... dijo con desesperacion.

Lo único que pudo conseguir, fué que uno de los vecinos corriese á buscar á Renata, prometiendo recogerla y cuidarla hasta que volviese Juana, á quien informaria de lo que habia pasado.

Condujéronle á la cárcel, y hé aqui el motivo que dió lugar á tan injustos tratamientos. Hacia ya mucho tiempo que se habian cometido varios robos en una casa de campo de las inmediaciones: habian desaparecido crecidas sumas en oro, y echaban la culpa á Perisad, porque le habian visto hácia aquella parte y porque vivia desahogadamente, lo cual era un misterio para los habitantes del pais.

Sus temores con respecto á la jóven no carecian de fundamento. Antes de que el vecino que se habia encargado de recogerla estuviese á mitad de camino, estalló la tempestad con espantosa violencia. Renata habia acudido primero al prado en donde estaba Perisard. No encontrándole volvió á recojer sus cabras, y las conducia á la casa cuando cayó un rayo junto á ella, y con tal estruendo, que se dispersó el rebaño. Renata, un poco recobrada de su sobresalto, ya no vió á su lado mas que á su cabra blanca: la agarró de uno de los cuernos: el animal huyó al fondo del barranco, y Renata bajó alli con ella.

En aquel sitio habia un sendero rápido y tortuoso, que por una estrecha cornisa de roca conducia á una gruta situada á orillas de un arroyuelo. En frente caia el agua por una doble cascada á un estanque circular y profundo, por donde se deslizaba con ruido por entre dos paredes de peñascos verticales. Alli llegó la jóven persiguiendo á su cabra, tan asustada una como otra.

Renata se conceptuó al pronto muy dichosa en haber encontrado aquel albergue: solo la inquietaba su rebaño estraviado y el buen Francisco, que sin duda la buscaba, y padecia estraordinariamente por no encontrarla. Mas bien pronto comenzó á temer por si mismo. La lluvia habia hecho crecer el arroyo de una manera espantosa: el agua, enturbiada por la tempestad, caia con un ruido sordo, y corria por el declive en donde estaba el sendero que conducia á la gruta. Renata trató de escapar antes que quedase interceptado el paso, pero tenia tanto miedo, que apenas podia sostenerse en pie. Se apoya en la cabra y la abrazaba. Sin embargo, aun cuando fuese para ella una compañera, como no veia otro medio para hacer saber á Perisard en donde estaba, cojió apresuradamente algunas flores, las ató con su cadenita de plata á los cuernos de la cabra, y la dejó correr. El animal, inquieto y cansado ya de su prision, se escapó dando brincos.

La lluvia no cesó en todo el dia, acompañada de violentos truenos. Horroriza solo el pensar cuánto debió padecer la pobre niña en aquel retiro, sintiendo disminuirse á cada momento sus fuerzas y su esperanza, sin tener mas que un pequeño espacio en donde estuviese seco, en la parte mas alta de la gruta, sufriendo el frio y el hambre, y aterrorizada con la perspectiva de la noche que se aproximaba.

Ya eran las ocho; habia desaparecido el sol y salía la luna. El cielo se habia por fin despejado, y al volver á aparecer la luz hubiérase dicho que comenzaba el dia cuando acababa de concluir. Dos viageros caminaban á pié á lo largo de la montaña, y seguian su carruage conversando ó mas bien disputando con vivacidad.

—Sí, mi querido director, decia el mas jóven, os confieso que nuestro viage á las montañas no era mas que un pretesto, queria que la viéseis vos mismo, y vais á verla. Juzgareis si es una cosa ordinaria la que os presento, ó si por el contrario no promete ser tan célebre como su padre en el bello arte de la coreografia. Porque ya está decidido, hago de ella una bailarina, puesto que la princesa de B... no quiere reconocer ni á su marido ni á su hija.

—¿Puede obrar así, querido mio?....

—Sí, eso depende de ella. Su tio ha muerto hace ocho dias, en el momento en que salia de la cárcel, en donde me ha dejado mas de dos años á merced de mis acreedores. Su tio era el único obstáculo para el cumplimiento de su promesa.

—¡Os mostrais muy duro con respecto á una muger, que por lo menos no os ha hecho el agravio de preferir á un rival cuyo corazon puede disputarse!... Es bien sabido que la princesa va á entrar en un convento.

—Haria mejor en entrar en su casa...

—Y uno y otro haríais muy bien en dejar que vuestra hija ignorase su nacimiento.

—¿Condenais, vos, señor director, mis pretensiones?...

—Escuchadme, amigo mio: vuestra profesion no es lo que me ocupa: no considero aqui mas que la diferencia de las posiciones, y la creo demasiado grande para que uno y otro no tuviéseis motivo de arrepentiros si declarábais vuestro matrimonio. Felizmente para vos y para ella, la princesa la comprende muy bien.

—Perfectamente: bajo vuestra proteccion, su hija será la reina del baile.

—Amigo mio; siento mucho el no poder tampoco complaceros: no aceptaré un individuo de tan tierna edad, sin el consentimiento de su madre.

—Me obligareis á dirigirme á otra parte.

El director no contestó nada, y su compañero de viage, para suministrarle un asunto de conversacion mas agradable, le contó sus visitas á los Perisard con diversos disfraces, y que la princesa misma habia conseguido ver á su hija. Entretenidos con aquellos dis-

Biblioteca Regional de Madrid

cursos, llegaron por fin junto á la puerta de la casa, y la encontraron desierta. Algunas cabras andaban errantes por el derredor, dando lastimeros balidos. Despues de haber dado la vuelta, encontraron por la espalda una puerta mal cerrada con un travesaño de madera: entraron y recorrieron toda la casa sin encontrar á nadie. Habia cerrado la noche: ¿irian á tomar noticias en la vecindad? Eso sería llamar la atencion sobre sus personas mas de lo que convenia. Sin duda, digeron, no tardarán en volver: nada prueba aqui que los dueños hayan querido hacer una larga ausencia; esas cabras los aguardan, hé ahí las legumbres preparadas para la cena: esperemos con paciencia.

Encendieron lumbre con una leña resinosa, y se sentaron en el hogar, que recordaba al padre muchas escenas que refirió á su compañero de viage. A la claridad de la luz velaron hasta media noche. De repente oyeron abrir suavemente la puerta de la entrada, y vieron que uno penetraba en la casa con precaucion.

—¿Sois vos, por fin, mi querido Perisard? esclamó el padre, que se habia adelantado con la luz en la mano.

—No os conozco, contestó Perisard con aire asustado.

—Miradme bien: yo soy su padre: el padre de Renata. ¿En dónde está?

Perisard, turbado con aquel encuentro imprevisto, y agitado todavia con los acontecimientos del dia, dirigia en derredor suyo miradas sombrías, y no contestaba nada. En aquel instante, el balido de una cabra que habia entrado detras de él, le hizo estremecer. A la claridad del candil vió brillar en su cabeza la cadena de plata: la agarró con las flores y dió un grito desgarrador.

—¡Dios mio!... el miserable no habrá cumplido su promesa. ¿Habrá olvidado á mi niña?... Esas flores.... ¿las veis caballero?.... ¿os acordais?... ¡Ay desgraciado!... ¡Ella me llama en su socorro!...

Hablando asi, se torcia las manos de desesperacion. Cayó al suelo su sombrero, y dejó ver una venda ensangrentada que le cubria la frente.

—Amigo mio, ¿qué os ha sucedido?...

—Nada, nada: ¿se trata acaso de mí?... estoy libre, y ojalá hubiera podido estarlo antes....

Los viageros no podian adivinar ni él estaba en estado de poderles referir como se habia causado aquella herida, al saltar por la ventana de su prision: seguian con la vista todos sus movimientos sin poder esplicar su turbacion. Perisard tomó una linterna, colocó en ella la luz, despues de arrancársela de las manos al estrangero, y se lanzó al campo como un frenético. Los viageros le siguieron. El desgraciado hablaba sin concierto, y debia parecer un insensato á los que no estaban preparados para oirle espresarse de aquella manera.

—Esa especie de flores solo se encuentra en aquel sitio. ¿Os acordais, caballero?... ¿os acordais?...

Y pronunciaba estas últimas palabras en tono de reprension.

—¡Hé ahi el efecto de vuestros misterios!... ¡Nos habeis perdido!... añadia golpeándose la cabeza: despues se paraba y gritaba con toda su fuerza: ¡Renata!.. ¡Renata!... pero la voz se perdia en la montaña.

En fin, llegaron á la orilla del barranco por donde corria con estruendo el arroyo, que se habia convertido en torrente. El padre reconoció el sitio en que cuatro años antes, habia visto á su hija con un ramillete de flores en la mano. Perisard se inclinó hacia adelante, alargando la mano en que llevaba la linterna. Llamó otra vez, y sin aguardar mas bajó, ó mas bien se precipitó por el tortuoso sendero, y desapareció.

Los viageros, que ya no veian la luz, esperaban con la mas penosa ansiedad, y el sitio en donde se encontraban les hacia presagiar un funesto acontecimiento. De repente resonó un grito doloroso debajo del peñasco.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡Renata!... ¡hija mia!... ¡muerta!... No.... no.... ven.... hija mia.... ven....

Dando gritos desesperados se arrojó hácia ella atravesando el torrente desbordado, la tomó en sus brazos despues de arrojar la linterna, y trepó por el sendero con aquella carga, que no oponia ninguna resistencia. Cuando llegó al prado, Perisard cayó en tierra sofocado de dolor y de emocion. La luna salia entonces de entre una masa de nubes, y brillaba en el pálido rostro de la niña. Su padre, en pie delante de ella, creia esperimentar un sueño espantoso, y su razon se estraviaba. Pero cuando estrechó las manos de su hija, cuando tocó sus brazos, sus cabellos, sus heladas megillas, conoció toda la estension de su desgracia. De repente, como si tuviese aun alguna esperanza, como si aguardase algun efecto de los cuidados que no podia prodigarla en un lugar solitario, la tomó en sus brazos y la condujo á la casa. Francisco y el director apenas podian seguirle. Se figuraba que observaba en Renata movimientos de vida, pero no eran mas que los que el mismo imprimia á su inerte carga. Aquella ilusion desapareció en cuanto colocó á Renata en su lecho.

El rostro de la niña, tenia la serenidad solemne de la otra vida. Parecia que estaba sonriéndose, y pudiera decirse que habia sucumbido con la muerte mas dulce: sin duda habia orado hasta su último instante: su alma, al huir de la tierra, habia dejado impreso en sus facciones el sello de la resignacion y de la esperanza.

¡Júzguese cuán grande seria el dolor de Juana cuando supo tan funesta noticia!... El padre dejó á los Perisard sin darles á conocer su estado, ni los proyectos que habia formado con respecto á su hija: se separó de los desgraciados esposos al dia siguiente de los funerales.

—¡Ah!... decia la pobre Juana, si Dios no nos la hubiera llevado, ¿qué habria hecho el padre?... Soy castigada por haber temido tanto esta separacion. Mas valdria verte viva, mi querida Renata, aunque fuese lejos de nosotros....

Ocho dias despues, las pobre gentes recibieron una carta que les hizo variar de parecer. Hé aqui el contenido de la referida carta que les llevó un sacerdote:

«Mis queridos amigos, yo soy la madre de Renata. En nombre del cielo, cuando su padre se presente reclamándola, no se la entregueis. Si encontrais dificultades, huid con ella, aun cuando no debiese oir jamás hablar de ella ni de vosotros. La persona que os llevará esta carta os dirá quien soy, pero con la promesa de guardar un secreto eterno: esa misma persona os entregará una suma suficiente, para poneros como tambien á mi hija en un estado de independencia que vale mas que la riqueza. Adios. Sed dichosos, y haced feliz á mi hija.»

Instruido el sacerdote de lo que pasaba, reconoció en aquel suceso el dedo de Dios, que habia querido recoger un ángel para que no fuese presa de Sátanas. Luego le condujeron al sepulcro de Renata.

—Guardad, le dijo Juana, vuestro oro y vuestro secreto. No tenemos mas que un deseo, y es el de reunirnos con nuestra niña en el cielo.

DE MADRID A SEVILLA.

A....

Agradables, escelentes, son las correrías veraniegas de mis paisanos los madrileños, bellas son las siempre verdes y pintorescas Provincias Vascongadas; poéticos los fresquísimos jardines de la Granja; inolvidables las cenicientas y escarpadas montañas que dan grata sombra á los parterres del Escorial; pero á todo, amigo mio, á todo esto de que he disfrutado, prefiero una escursion por Andalucía: por ese privilegiado pais donde se admira:

Del cielo la trasparencia,
Del suelo la galanura,
De la muger su escelencia,
Su donaire, su hermosura.

No me detendré en presentar el paralelo de esta tierra con las que he citado: no es asunto para una carta, ni tarea para un viagero. Me limitaré solo á cumplirle mi palabra, presentándole el bosquejo de un viage de placer recorriendo las mas notables poblaciones de la costa española del Mediterráneo.

No describiré pueblo por pueblo los no muy lindos de la Mancha, ni sus campos narrados por Cervantes; pero sí diré que no puede olvidarse la grata impresion que causa al fatigado ánimo del caminante el pais que comienza en la justamente celebrada Sierra Morena; en aquella venta de Cárdenas que siempre nos la figuramos como Rubí la ha presentado en escena; y cuando ávidos de curiosidad penetramos en aquel gran zaguan á encender un puro en el de algun contrabandista de elegante atavío, nos encontramos con un *desgalichado* ventero y algun guardia civil, que en rededor de algunos troncos ardiendo duermen ó conversan.

Vuelve uno al coche con el desengaño de sus poéticas ilusiones, y estas se renuevan á poco recreándose la vista con el encantado panorama que ofrecen las estudiadas revueltas que forma el camino en aquella pintoresca sierra tan difícil de admirar como de describir. Y si encantada es esta perspectiva no lo es menos la que presentan las modernas y hermosas poblaciones de las *Navas de Tolosa*, de glorioso recuerdo para la cristiandad, salvada allí el 16 de julio de 1212; la *Carolina*, cuyas casas y calles son tan bonitas como simétricas, y *Carboneros*, *Aldea del Rio* y *Guarroman*, que inmediata á Bailen participa algun tanto de la victoria que ha sido ahora cantada por inspirados vates.

De Bailen á Córdoba, y de esta antigua cuna de los conocimientos científicos y literarios de los musulmanes á *Ecija*, llamada con razon la «Sarten de Andalucía,» se goza del riquísimo espectáculo de ver continuados bosques de olivos y un mar de viñas.

Si es pintoresco y delicioso el camino que desde Sierra Morena conduce á Ecija, no lo es menos el que lleva desde esta primera villa de la provincia de Sevilla á la capital, haciéndole ver al viagero la tan nueva como linda poblacion de la Luisiana, la enhiestada Carmona, que ademas de la elegante simetría de sus casas y principales calles, ofrece por su elevacion uno de los puntos de vista mas encantadores. Pásase luego por el Viso y Mairena, célebre por su antigua feria, en decadencia hoy por la de Sevilla, y atravesando á Alcalá de Guadaira se entra en la capital admirando los arcos ó acueducto de Carmona, por la puerta del mismo nombre.

Si se tuviere la fortuna de llegar de dia á Sevilla, agradaria indudablemente su posicion sobre aquella inmensa llanura bañada por el caudaloso Guadalquivir. Distinguiríase lo primero la empinada torre de la catedral con su inquieta giralda, obediente á todos los vientos, y como acompañándola multitud de caprichosas torres, cuya altura se destaca sobre los terrados de las casas coronados de jarrones y macetas.

Golpe de vista asombroso y al que nada estorba la esterior muralla de mas adorno que defensa.

Pero ya estoy en Sevilla, amigo mio: ya he cruzado por las tortuosas y estrechas calles que conducen desde la puerta de Carmona á la plaza del Duque, en donde está la fonda de la Union, donde, si puede uno verse libre de los mosquitos, le espera al rendido caminante buena cama y no peor mesa, aconsejándole siempre elija la que se llama redonda.

SEVILLA.

Me habrá vd. de perdonar si antes de entregar su carta y darle cuenta de su resultado, me dirigí á la *Giralda* para ver Sevilla y sus alrededores desde tan elevada altura. Es una de mis costumbres en cualquiera poblacion que visito por primera vez, porque se adquiere con ella algun conocimiento de los puntos cardinales y de ciertas calles y sitios que le sirven á uno de guia en lo intrincado de una poblacion, y máxime si es como Sevilla.

La *Giralda* es una torre conocida con aquel nombre por la grande estatua de la Fé, que colocada en su elevada cúspide, sirve de veleta giratoria.—Ya vd. sabe que fué construida la torre por el moro inventor del álgebra, y que se pusieron sus cimientos hácia el año 1000 de la era cristiana, enterrando en ellos, cual en otro mausoleo, las reliquias de los héroes de la cristiandad, que encontraron los sarracenos. Despues de sufrir esta obra varias vicisitudes, se terminó en 1569, presentando una altura de 350 pies, y una arquitectura notable por su caprichosa elegancia.

Poquísimas son las torres que ofrecen tan cómoda subida; puede ascenderse á caballo, y aun quizá en carruages, pues lo permiten sus anchas y no muy pendientes rampas.—El espectáculo que se presentó á mi vista al llegar al campanario, es indescriptible: á cualquiera punto que dirigiese las miradas, se ofrecian los mas encantadores panoramas. Bajo de mí, una poblacion de tres y media leguas de circunferencia, incluso los arrabales, que parecia colocada sobre un tablero llano. Las calles, en medio de aquellas blanquísimas azoteas coronadas de macetas de flores y relucientes jarrones, parecian tortuosas y estrechas líneas trazadas sin otro guia que el capricho. De trecho en trecho se enhiestaban como las tiendas generalas de un campamento, las erguidas y numerosas torres que ostenta Sevilla, cuyas veletas asemejaban á las flámulas de la antigüedad.

Bañando las murallas por una parte, y atravesando la ciudad por su lado mas bello, corre el Guadalquivir tan anchuroso como profundo, dividiendo de Sevilla el populoso barrio de Triana, lamiendo la celebrada torre del Oro, y presentándose como espejo de plata á las graciosas concurrentes al paseo de las Delicias.

Desde el término de este lindo paseo hasta el puente de Barcas, no es un rio lo que se ve, es el puerto de Sevilla, apareciendo como un bosque de pelados pinos los palos de las embarcaciones que estan ancladas en una y otra orilla del Guadalquivir.

Poblacion, rio, puerto, jardines, bosques, campos, montañas, todo cuanto de grande y magnífico ofrece la naturaleza, se presenta á nuestra vista desde la Giralda, y todo en sus mas bellas y variadas formas, porque Sevilla es hermosa, su rio grande, su puerto concurrido, sus jardines siempre verdes y floridos, sus bosques espesos, sus campos fértiles, y las montañas que se divisan altas y pintorescas; verdes unas y nevadas otras, y embellecido doblemente todo por un cielo trasparente y un sol vivificador.

Admiré el magnífico reloj del que tan estrañas consejas cuentan, por haberse inaugurado el 17 de julio de 1400, con una horrible tormenta, cuyos truenos y rayos atemorizaron á la poblacion, y despues de recorrer todo el campanario desde la campana Santa María (la gorda) hasta la Esquila, saludando religiosamente á aquellas vigías de la cristiandad, cuyos ecos son tan conocidos y obedecidos de los sevillanos; descendí procurando retener en la imaginacion el espectáculo que tanto me habia hecho gozar.

Acto continuo, fuí á entregar al Señor C. su apreciable carta. En cuanto entré en el zaguan de su casa, me paré respetuoso al ver en frente de la puerta de la calle el retrato de Murillo con esta inscripcion: «Aqui vivió y murió E. Murillo. Puede vd. figurarse el placer con que entraria yo en aquella casa, placer que se aumentó al ver el franco y bondadoso recibimiento que me dispensó el Señor C., que merced á sus merecimientos, ocupa una digna y elevada posicion en la iglesia y en la política.

Enseñóme detenidamente su rico y precioso museo que ya ha descrito el señor Madoz en su Diccionario, los regalos que ha merecido por su generosidad de los duques de Montpensier, el envidiable jardin donde se nota los conocimientos que en este ramo ha adquirido su estudioso dueño en la vida retirada de alguna cartuja cuando huia de persecuciones políticas, y la casa en fin, donde yo creia ver á cada instante la sombra de Murillo, ya con su paleta y pinceles, ya en union de sus turbulentos amigos preparando alguna *calaverada*, como hoy decimos, que alarmara á los vecinos de algun pacífico barrio, diera que hacer á la autoridad y causara á Murillo el trabajo de tener que pintar por via de pena algun lienzo para este ó el otro convento.

El siguiente dia fué el destinado para ver la catedral; este suntuoso monumento fundado por la piedad de unos clérigos que se reunieron en comunidad para vivir con solo seis reales cada uno, reservando lo demas

Biblioteca Regional de Madrid

de sus rentas para este propósito que segun fama contiene la escritura de fundacion—«Fagamos, dice, una iglesia tal y tan grande, que los que la vean nos tengan por locos.»—Y asi lo cumplieron, pero no para calificarlos como creian, sino como hombres eminentes que se imponen privaciones por su amor á Dios, á su culto y á la religion.

Si agrada el aspecto esterior de la catedral, encanta el interior. He visto la mayor parte de las catedrales de España, he visitado detenidamente el magnífico monasterio del Escorial, y todo lo que este tiene de imponente y severo tiene aquel de asombroso y encantador: cada uno por su estilo compiten entre sí. Allí se ve retratado el adusto carácter de Felipe II: aquí la poética imaginacion de los sevillanos: allí aumentan la gravedad del templo las cenicientas y escarpadas sierras á cuyo pie está asentado: aquí acrecen su poético encanto, el alcázar por un lado, la magnífica lonja por el otro y las plazas, y el cielo todo que ilumina sus ventanas de cien colores multiplicados como el iris por cada rayo de sol: allí todo convida al recogimiento, á la contemplacion: aquí se dilata el alma con las dulces emociones de una poesía muda, pero magnífica, sublime.

Tales pensamientos se agolparon á mi imaginacion al pisar los frios mármoles de aquel inmenso templo, de aquellas anchas y elevadas naves, llenas de filigranas de piedra.

Tarea interminable é impropia de una carta, seria el describir á vd. las magnificencias que encierra tan suntuoso templo. Aquí hay un tesoro en cuadros de Murillo, entre los que sobresalen el San Antonio que hay en la capilla bautismal; aquí hay una inmensa riqueza de alhajas de oro, plata y pedreria, siendo de admirar que en nada se ha disminuido en medio de nuestras revoluciones políticas, pues hasta fueron respetadas en la invasion francesa; lo cual hace que se vea hoy la catedral de Sevilla con la misma opulencia que en los tiempos del apogeo de nuestras iglesias, y aquí, en fin, hay un relicario que es una verdadera gloria, como decia el finado P. Guadalupe, enseñando las reliquias del Escorial, porque se conservan en aquel santo templo inapreciables joyas de esta naturaleza. Y por cierto que hasta la misma sacristía es una joya. Su forma es elegante, y entre otros cuadros de mérito lo son de indisputable los retratos de San Leandro y de San Isidoro por Murillo. Aquí, en un rinconcito al lado de los regalos que hizo á la iglesia don Alonso el Sábio, hay una custodia de plata de cuarenta y cuatro arrobas de peso, y están á su lado tambien las llaves de Sevilla.

Tambien su conquistador don Fernando tiene un lugar digno en la capilla que lleva su nombre á la cabeza del templo. En ella ví su descarnado esqueleto adornado con la púrpura y la corona como recordando lo efímero de las grandezas, y la miseria de su fin. Tocaron mis manos con religioso respeto su espada, llevada por Montpensier el 20 de noviembre de cada año, por aniversario de la conquista de esta ciudad; contemplé los estandartes y pendon guerrero, y salí dejando á uno y otro lado los inanimados restos del rey Sábio y de su esposa doña Beatriz.

Visité luego la capilla de la Antigua, tan notable por su belleza, como por su riqueza, y por los recuerdos históricos que encierra; bien es verdad que no se da un paso por todo el grande espacio del templo en que no pise nuestra profana planta alguna escrita lápida que encierre los restos de un próximo descendiente de Colon ó de un mortal á quien la fama eternizó por su talento, por su valor ó por su piedad.

En fin, señor mio, no se pueden ver bien en pocos dias las 37 capillas que tiene la catedral. Sus 93 inimitables vidrieras de colores; sus riquísimas esculturas en piedra y madera; sus pintados lienzos y su grandiosidad toda, inclusa la de la iglesia parroquial sala capitular.

Salí por el renombrado patio de los naranjos, siempre verdes y con fruto, y no me alejé de la catedral sin volver cien veces la vista y pararme otras tantas á contemplarla.

Escuso decirle que una de las obligaciones que me he impuesto es una visita diaria al templo; y en verdad que no soy solo; pues en vano puedo estarlo aun en el rincon mas escondido; que allí encuentro algun compatriota ó estrangero trasladando á su album cualquiera de las preciosidades artísticas que en todas partes se hallan.

No hay duda que en España hay que admirar los templos, que ademas de su magnificencia son casi todos el emporio de las ciencias y de las artes ya que no contemos el tesoro literario que aun encierran muchos. No en valde se nota en Sevilla un sentimiento religioso, eminente en todas las clases que observan la religion sin hipocresía. La digna ostentacion con que aquí se celebra el culto, no puede menos de conmover la ardiente imaginacion de los sevillanos, é inculcar en ellos una profunda conviccion religiosa, si algun dia olvidaran ese sentimiento innato en nuestras almas. Asi que todo se ejecuta aquí dignamente, pues siempre que el Santo Viático sale por las calles aparecen instantáneamente colgados é iluminados los balcones si es de noche Pero baste por hoy.

Reciba vd. amigo mio las seguridades etc.

Sevilla.....

A. PIRALA.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

MÁRTIRES (1).

«Vimos los discípulos de Cristo, fraccion imperceptible en la inmensa sociedad de Roma, dar el grito sublime de la libertad. Vimos á los oráculos mudos, en sus templos abandonados á las antiguas divinidades, muriendo de decrepitud; despues en medio de todas aquellas ruinas, saludamos la aurora de la nueva religion.

San Ignacio, arzobispo de Antioquia.

Conversion de un gentil.

Pero cuando el cristianismo se presentó en frente de aquel órden monstruoso, hubo para defenderlo como una especie de hipocresía, de conveniencia, y el mismo que se burlaba de los dioses en la intimidad de la vida doméstica, creyó interesado su honor en defenderlos cuando se vino á atacarlos. Aveníanse admirablemente con un culto sin deberes, y una moral toda de goces y pasiones; y el politicismo, aunque sin base ni apoyo alguno en el corazon ó la conciencia, era á lo menos un uso, una antigua tradicion, y formaba aun el fondo de la sociedad romana El presidia y se mezclaba á todo. Las ciudades estaban llenas de sus templos, en que el arte habia apurado sus maravillas, y esparcido con profusion todas sus riquezas; sus poetas escitaban la admiracion; sus espectáculos y fiestas atraian á la muchedumbre; brillaba en las enseñas de las legiones victoriosas, y el recuerdo de su grandeza, de los triunfos que creian habia asegurado al nombre romano, le envolvia con el prestigio y la magia de la historia y de los acaecimientos pasados.

Sin embargo, las semillas de la palabra divina sembradas en aquella sociedad, se desarrollaban lentamente, maduraban en silencio, y preparaban el triunfo de la religion del Cristo. Asi una preocupacion del orgullo, una vanidad filosófica impedia á los grandes examinar aquel culto nuevo, cuyo gefe era mirado como un malhechor castigado en Jerusalen con el suplicio de los esclavos, y cuyos primeros seguidores habian sido hombres oscuros, mugeres y pobres pescadores. La preocupacion prevalecia sobre la razon, y el orgullo ahogaba la conciencia. Por donde acontecia que los dogmas de la religion cristiana eran ó ignorados por indiferencia, ó desfigurados por desprecio.

Pero cuando por acaso, algun espíritu reflexivo acostumbrado á pesar los destinos de las naciones, llegaba á considerar la pequeña poblacion cristiana, y se elevaba por la independencia de su juicio sobre las preocupaciones de su tiempo, deteníase maravillado ante aquella sociedad de tan brillante porvenir, especie de oasis en medio de aquel desierto de doctrinas, y

(1) El siguiente artículo religioso, es una traduccion de un manuscrito latino hallado por el presbítero don Fernando María García, cura de Barchin de Hoyo, en un castillo árabe llamado el *Tesorillo*, y situado al Norte de la espresada villa de Barchin.

Biblioteca Regional de Madrid

lo que la curiosidad habia comenzado, acabábalo comunmente la fé: haciase cristiano.

Persecucion de la iglesia.

Con efecto, era cierta cosa imponente y mágica aquel pueblo de hermanos diseminados en todos los puntos del globo, pero unidos con los lazos de la misma fé y del mismo amor; puros cuando el aire que les rodeaba estaba como impregnado de impureza; no formando todos sino un corazon y una alma, cuando estaban rotos todos los lazos de hombre á hombre, cuando no habia ya otro sino la cadena remachada del señor al esclavo; sencillos en sus acciones, pero sublimes en su fé, cuando la razon humana agitándose tantos siglos, no habia podido sentar mas que principios inciertos y contradictorios: resumidos en una religion ignoble y una espantosa moral.

Asi, pues, las virtudes de los primeros fieles obraban en el mundo moral, como sus doctrinas en el mundo de las inteligencias. Nada es tan contagioso como la caridad. Facultad de nuestra alma, que es amor, el egoismo, el interés, pueden desecarla y marchitarla; pero nunca está tan desterrada del corazon del hombre, que no acuda á recobrar su puesto, cuando un sentimiento generoso, un desprendimiento sublime escita las lágrimas, arranca la admiracion, y despierta las simpatías.

Los cristianos de la naciente iglesia, la practican heróicamente. Les hallariais donde quiera habia un dolor que consolar, un infortunio que socorrer, sacrificios que hacer. El esclavo achacoso á quien su amo habia desamparado, nunca iba á tocar en vano á la puerta del cristiano; en el rincon de las calles, donde el débil niño, espuesto por un padre sin entrañas, se revolvia sobre un poco de paja, único tributo que la piedad del pasagero habia ofrecido á sus dolientes quejidos, encontrabais al cristiano que abrigaba en su pecho aquel infantito, llevabáselo á su albergue, pobre muchas veces, ó iba á solicitar en su favor la largueza ó el asilo del rico; á las puertas de los Trimalciones de Roma le hallábais aun partiendo su pan con el anciano y el pobre que se moria de hambre, sin que esta caridad se alterase jamás, sin que una palabra de desden ó una pregunta indiscreta hiciera sonrosearse el semblante del desgraciado.

Pero cuando la voz de la fama, ó el silencioso mensagero, enviado por la pequeña comunidad cristiana, traia la nueva de que uno de los hermanos habia obtenido la gloria de sufrir por Jesucristo, que se le habia encerrado en calabozos, ó desfallecia en las entrañas de la tierra; ¡oh! entonces se despertaba pujante aquella caridad activa y misericordiosa. Viages lejanos, y peligrosos, carreras arriesgadas en medio de las tinieblas y emboscadas, nada arredraba al cristiano, al sacerdote.

Mártires.

Porque habia un atleta que consolar, que fortalecer y nutrir con el pan que da el valor de lo alto, y era muy rara cosa que el guardian de la prision, ó el soldado que velaba á la puerta del calabozo, no se dejara enternecer, ó no se hiciera cristiano.

Sus enemigos estaban asombrados de estas virtudes que no podian comprender. Luciano, que ha derramado sobre la Providencia y la virtud cuanto el sarcasmo tiene de mas cáustico y mordaz, ha dado sin saberlo el testimonio mas brillante de aquella abnegacion sin límites. «Es cosa nunca oida, dice, la activa solicitud de esos hombres; cuando alguno de ellos ha caido en la desgracia á nada perdonan. Estos miserables se figuran que vivirán siempre; desprecian la muerte, y muchos se entregan voluntariamente á tan crueles suplicios.»

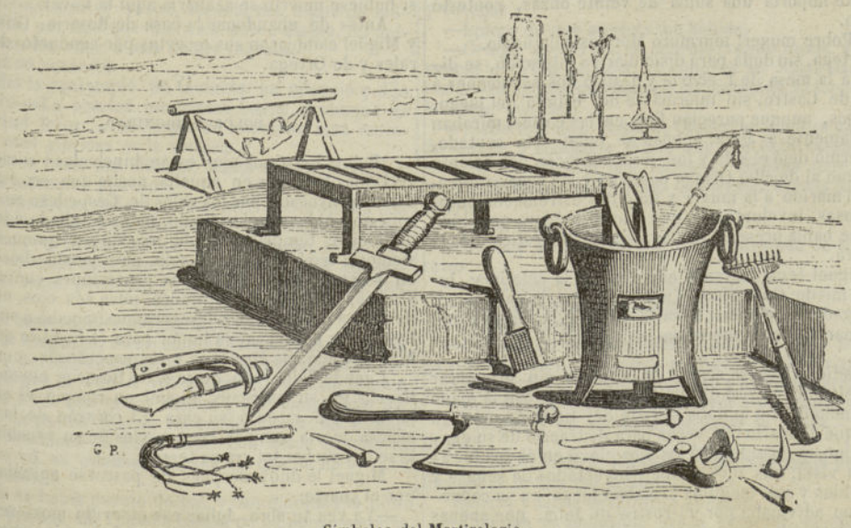
De este modo, una causa secreta difundia la piedad en el universo, y aquella caridad compasiva no dejaba de influir en la vieja sociedad desecada por el egoismo. Aquellos beneficios, aquel amor sin límites, que se estendia así sobre el idólatra como sobre el mismo cristiano, llenaban de admiracion y asombro, como cosa inaudita é incomprensible. Pero elevábase de allí un sentimiento de igualdad, de compasion recíproca, de fraternidad, que disipaba paso á paso las ideas feroces de la conquista y de la esclavitud. De este modo el cristianismo se establecia lentamente en el corazon antes de asentarse en la inteligencia, y triunfaba de la idolatría por medio de la humanidad.

Otro cuadro va á desplegarse á nuestra vista, cuadro vasto cuyas figuras inspiran todas respeto, y arrebatan la admiracion. ¿A dónde va ese populacho desenfrenado, dando feroces ahullidos por las calles, arremolinándose por las plazas, arrojándose á oleadas en los anfiteatros? ¡Los cristianos á los leones! tal es el grito, el espantoso grito, que resuena como un trueno en las profundidades de Roma. Aquel pueblo ha menester sangre en sus fiestas; necesita registrar con sus ojos las entrañas de las víctimas; que haya despedazados y palpitantes miembros tendidos horriblemente sobre la arena; que el resuello de la agonía halague sus oidos. ¡Oh! entonces habrá en aquella samblea inclinada ansiosamente en las gradas, delirio, bramidos, deleitamiento, frenéticos palmoteos, risas atroces, aullidos....

Sí que ha venido la hora del combate para los discípulos del que fué el primer mártir de su religion. El mundo entero se levanta contra ellos, y de todos los ángulos del globo se alza el temeroso clamor que todavía nos hiela de espanto á tantos siglos de distancia. ¡Qué de matanzas, qué de atroces suplicios! hay para cubrirse el rostro con ambas manos, cuando fija uno casualmente los ojos en las páginas que cuentan friamente esos tormentos: ¡hay para escupir al rostro del hombre y maldecir de su fiereza! ¡pero cuánto valor tambien, qué sobrehumana fortaleza en aquellos ancianos y mugeres, en aquellas delicadas doncellas y tiernecitos niños, en toda aquella muchedumbre que canta en los calabozos, que rie en las hogueras! ¿Para qué me hablais de los rasgos de heroismo de los antiguos guerreros de Roma? ¡La muerte! ¿Pero qué es eso en un campo de batalla, cuando hay gloria en caer allí? ¡Pero la muerte, la muerte lenta y horrorosa, la muerte bajo las uñas de la bestia feroz del Africa! ¡La muerte de los caballetes! ¡La muerte de la hoguera, cuando está allí la multitud para veros morir, la horrible multitud! ¡Oh! ¡esto es lo que llena de espanto, lo que os oprime el corazon de un cierto horror que no tiene nombre en las lenguas humanas!

Y sin embargo, de esa muerte morian diariamente millares de cristianos: porque en las diez grandes persecuciones que sucesivamente embistieron al cristianismo, la sociedad estaba como partida en dos; de un lado la multitud que pedía sangre para deleitarse en ella; del otro los que caminaban á la muerte como se corre á un festin. El cristianismo está de tal manera fundado, que su historia humanamente hablando, nada tiene que envidiar á ninguna otra historia. Llámese esto fanatismo, norabuena; la palabra no importa, la cosa queda. Aun seria cierto al cabo, que ese fanatismo ha producido acciones que no tienen par en ninguna nacion del mundo.

Pero si se mira con los ojos con que mirarse debe ese gran período histórico, ¡oh! es bellísima cosa en verdad, y no se que pueda leerse esa historia sin que conmueva el alma. En aquella lucha todos pagaron su sangriento tributo; la muerte á nadie perdonó, y todos la miraron con sonrisa. Hizola pausada, horrible, que hace erizar los cabellos y rechinar los dientes. Unos



Símbolos del Martirologio.

Biblioteca Regional de Madrid

fueron crucificados como su maestro; otros vestidos con pieles de bestias, fueron devorados por los perros; algunos embarrados con azufre sirvieron de antorchas en las fiestas que daban los emperadores.

Y nada de todo esto importaba; y por cada cristiano que moria, otros mil renacian de su sangre. ¡Oh! ¡entonces era dulce morir! En aquella época de fé sincera y de viva esperanza, el alma sentiase como oprimida en su prision de carne, y aspiraba á la muerte como á la libertad. «Yo os escribo, decia San Ignacio, obispo de Antioquía, á los cristianos de Roma: os escribo con vida, pero codicioso de la muerte. Dejadme ser pasto de las fieras; soy el trigo de Dios. ¡Ojalá molido con sus dientes, sea yo convertido en verdadero pan del Señor!... ¡Oh! ¡pueda yo gozar de las bestias que me estan preparadas!... ¿Qué podian contra este santo entusiasmo, Neron, y Domiciano, y Septimio Severo, y Decio y Galerio? La persecucion de Diocleciano fué espantosa entre todas las demas: estendióse en un momento desde las orillas del Tíber hasta los confines del imperio. Espanto pone la larga relacion de Eusebio y de Sactancio, segun son de atroces las cosas que contiene. Y sin embargo, encontráronse allí filósofos para escribir contra los cristianos, para componer sátiras y lisonjas. ¡Que sátira la que se escribe al resplandor de una hoguera con una pluma mojada en sangre! ¡Qué lisonja la que acaricia el oido del amo pasando por encima de la espirante víctima!

Pero, ¿por qué razon esa Roma tan tolerante con todos los cultos, que habia elevado el Panteon para que sirviera de asilo á todos los dioses, á quienes daba derecho de vecindad; la que para mas agradar á los vencidos, abandonaba sus antiguas divinidades por los mas brillantes de la Grecia, así desmintió su tolerancia para con el Dios de los cristianos?

Preciso es ir á buscar en otra parte que en el odio inspirado por una religion que comienza, la causa de toda aquella sangre vertida; así como es preciso ver otra cosa que la fortaleza del hombre en la fortaleza de los mártires.

El primer altar de la religion de Cristo fué un madero sangriento, donde el mismo Cristo fué inmolado el primero. La espiacion por la sangre es la base del cristianismo, y la sangre de los mártires fué una compensacion, un holocausto que no debia cesar, sino cuando el holocausto gentil hubiera desaparecido. Esto esplica la duracion de las persecuciones, y los intérvalos que las separan. Cuando los sacrificios ofrecidos á los ídolos comenzaban de nuevo en los templos, los sacrificios sangrientos de las armas y los anfiteatros tornaban tambien á comenzar. Y siempre continuaba esta inmolacion providencial del hombre, la mano de los verdugos no era sino el instrumento de lo alto, y el equilibrio se mantenia en la balanza eterna, y el martirio salvaba al mundo.

Si de las gradas del anfiteatro bajamos á lo profundo de las catacumbas y de los retiros subterráneos; si dejamos la iglesia que padece y triunfa, por la que ora y se oculta, ¡oh! hay tambien algo que habla al corazon, en aquellos sagrados misterios celebrados apresuradamente, en que la voz amenazadora del soldado viene frecuentemente á interrumpir, antes del fin del sacrificio, la del sacerdote cristiano.

¡Qué escenas aquellas, escenas nocturnas! ¡Noches de consuelos y amarguras, de esperanzas y temores, en que cada vez están mas vacíos los puestos: ¡tanta es la priesa que se da el verdugo en matar! Noches frecuentemente sin dia que les siguiera; pero noches llenas de encantos, en que el sacerdote dice las palabras del cielo á aquellos pobres proscritos, que en la patria no tienen patria ya, y en la inmensidad del universo no poseen un lugar fuera de aquel en que puedan decir en alta voz: ¡somos cristianos!

Aquel era el tiempo de la fé, de esa fé ardiente y vigorosa que levanta los montes. ¿Y cómo no recordar todavía con admiracion estas memorias del antiguo tiempo de las persecuciones, cuando á cincuenta años de distancia, vemos renovadas calamidades semejantes, cuando las páginas de la historia contemporánea semejan tanto á las de la historia pasada? Llena está la vecina Francia de esos parages secretos, donde la piedad de los fieles ocultaba la hostia hasta de las profanaciones sacrílegas; y la humilde piedra do se celebraba el misterio santo, es con frecuencia bañada en lágrimas, como la que el viagero va á besar en las catacumbas de la antigua Roma.

¡Destino singular del cristianismo! Signo de contradiccion desde su cuna, perseguido en nombre de todos los errores y pasiones de los hombres, nunca se ostenta mas grande y hermoso que cuando la Providencia le entrega á sus furores. Cuando sus enemigos se ufanaban de su derrota, y se gozaban en su triunfo impío, en aquel momento alzaba su vencedora frente, y coronado de celestes palmas, sentábase glorioso en el trono imperial de Constantino. Así ha acontecido siempre y así acontecerá. ¿Qué importa que los poderosos de la tierra se aunen para su daño, que bramen de furor las naciones, y los pueblos mediten cosas vanas? El que mora en los cielos se rie de sus sacrílegos esfuerzos, y la religion no perecerá. Protegida por la mano del Altísimo, que le prometió la inmortalidad, se adelanta hácia la eternidad, acogiendo á los que quieren seguirla. Si despiadados tiranos la persiguen, si hijos ingratos la abandonan, no sufre por su furor y apostasía, y continua su marcha magestuosa, derribando toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios. Por espacio de mil ochocientos años, está viendo á los reyes hundirse en el polvo, á nuevos pueblos aparecer en la escena del mundo y desaparecer luego para siempre. Pues bien: sobre las ruinas de los imperios ha podido plantar la cruz del Salvador, y esclamar con toda verdad: Jesucristo reina siempre; era ayer, es hoy, y será en todos los siglos. *Christus heri, hodie, ipse et in sæcula.*

FERNANDO MARIA GARCIA.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. TEODORO GUERRERO.

SEGUNDA PARTE.

UN CORAZON DE MUGER.

(Continuacion.)

III.

PERIPECIA DE SALON.

La tertulia de Rosario estaba cada dia mas favorecida por la *fashion* cortesana, y salvo algunas caras nuevas que nada interesan al lector, concurrian las mismas personas de antes.

Era sábado. La viuda conservaba los mismos dias de la semana para *recibir*: (palabra sacramental en el gran mundo).

Ignacio de Castro jugaba á *l'écarté* con el marqués de Solares y varios jóvenes cruzaban sus apuestas, sin cuidarse de las bellas, que estaban abandonadas á su despecho, por mas que hayan podido acostumbrarse á una falta de galanteria tan imperdonable. Solo los amantes se arrullaban como tórtolas al dulce murmullo de las mentiras de su correspondencia. Las madres, *estado mayor* de las tertulias, ó bien murmuraban de todo, ó bien tenian el anzuelo preparado para echárselo á los incautos que se acercaran á sus hijas. Los viejos gruñian contra las costumbres del siglo, porque la muger no es ya el dios del hombre, sino una esclava de su capricho; recordando *sus tiempos* (anatema de la juventud) hacian comparaciones odiosas, poco favorables á la dignidad; para ellos el baile es hoy el sarcasmo de los pies ó la lubricidad del cuerpo; el rigodon es un paseo á empujones: la polka es un insulto á la sociedad; aquel es el hastío: este el deseo. ¡Horror á semejantes bailes! ¡oh! ¡la gavota! ¡la gavota fué el *non plus* de los bailes! Aquello era bailar con magestad, sin desórden; aquello era cumplir con la mision del danzante: se aprendia por principios como las matemáticas y ocupaba un hombre tres meses en prepararse, para dejar bien puesto su pabellon. ¡Ah! ¡el baile del siglo XIX en la mitad de su carrera!—Teneis razon, cabezas de nieve; quejaos amargamente, pero dejad á la sociedad que siga su curso: ya nadie escucha vuestra impotente voz contra las malas costumbres del dia.... ¡Ah! ¡oh! ¡uf!...

Guillermo, Luisa y Rosario ocupaban el sofá: algo interesante debia ser su conversacion pues hablaban acaloradamente.

Este era el cuadro que formaba la tertulia de Rosario. A las once se abrió la puerta nuevamente y el camarero anunció á Eladio Ortega.

Las mugeres hablaron en voz baja unas con otras; Ortega, despues de saludar á Rosario, hizo un gesto significativo y se dejó caer con gracia en un sillon. Morales corrió á sentarse al lado de Ortega. En aquel instante, se puso éste en pie, por que vió entrar á Miguel de Céspedes y á Julia; Morales le detuvo por el brazo, diciéndole:

—¿A dónde vas?

—Me importa una suma de veinte onzas, contestó Eladio.

—¡Pobre muger! murmuró Morales soltándolo.

Ortega, sin duda para disimular su intencion, se dirigió á la mesa de *l'écarté* y deslizó dos napoleones á favor de Castro, sin informarse del estado del juego. Sus ojos, aunque parecian fijos en las cartas, miraban torcidamente á Julia; apenas se hubo esta sentado, Guillermo dejó el sofá y fué á apoderarse del asiento contiguo al de ella; Ortega paseó su vista sucesivamente del marido á la muger y notó dos estremecimientos nerviosos, involuntarios, que solo él hubiera percibido porque habia presenciado la escena doméstica de la víspera.

Miguel tenia marcada en su rostro la celotipia; Julia, el miedo; Guillermo, el amor; Ortega, la curiosidad; los jugadores, el vicio; Rosario y Luisa, la satisfaccion; el camarero de la puerta, la impasibilidad de una estátua.

Eladio Ortega se separó de la mesa sin preguntar si habia ganado y se dirigió á Miguel, que con la mano en la megilla, no quitaba la vista del teniente. Ortega tuvo que llamarlo dos veces para distraerlo de su enagenacion, y cuando alzó los ojos clavó en él una mirada sin vista; sus ojos estaban inyectados de sangre y sus lábios y sus megillas brotaban fuego; en su ceguedad, no adivinaba por el rostro de Julia, que apenas contestaba á las insinuaciones de Guillermo, temiendo algun brusco ataque de su marido que la pusiera en ridículo delante de la sociedad que la rodeaba.

Ortega dijo á Céspedes:

—¿En qué piensas, Miguel?

—En nada, contestó este pasándose una mano por los ojos.

—¿Estabas ensimismado?

—¡No te cases, amigo Eladio!

—¡Magnífica salida! esclamó el calavera; te aseguro que por ahora tengo mi cabeza serena y no temo á la locura. El matrimonio es el asesino de la verdadera libertad individual; ademas, un hombre soltero nunca envejece; siempre es hermoso para las mugeres, como no haya adoptado el celibato por voto. Mira, Miguel, mi amor es una ráfaga: me deslumbra un momento, pero pasa pronto; el amor que busca el matrimonio no es la ráfaga que deslumbra sino al rayo que mata.

—Todo lo que dices, Eladio, no es cierto: seria feliz en el matrimonio sin los celos: estos me atormentan, me acibaran los instantes de dicha y me hacen perder la cabeza; de todo me olvido con los celos.

—En ese caso me pruebas que te quieres á ti mismo mas que á tu muger; temes mas al mundo que te satiriza, que al hombre que te la roba.

—No sé, Eladio, porque me confundo; ahora mismo estoy sufriendo y te juro que mataré á ese imberbe oficial.

—Harás mal, repuso Ortega, aparentando indiferencia; Guillermo es un niño; un pobre diablo que en nada te perjudica.

—¿Y las apariencias?... ¿No ves que algunos me miran y se sonrien?

—¡Tú sueñas!

Uno de los jugadores, amigo de Ortega, llegó á interrumpir la conversacion para darle el dinero que habia ganado. Ortega le dijo en voz baja:

—Llama á aquel oficial para que juegue.

—Fácil será que abandone su puesto; está muy ocupado con su conquista.—¡Pobres maridos! añadió riéndose, y volvió á la mesa de juego.

Eladio se estremeció.

Miguel de Céspedes que habia vuelto á sentarse, se puso de pie y sus dientes rechinaron. La voz de la opinion pública acababa de resonar en su oido; ya no habia remedio:—era un *pobre marido* á los ojos de la sociedad.

Eladio, temiendo una catástrofe, se acercó á Guillermo y le dijo:

—Ven, tengo que hablarte.

—¿Quieres quitarme el asiento?

—Ven, repitió Ortega.

El tono de éste hizo levantar al oficial, y salieron del salon, sin ver á Miguel que iba detras de ellos.

Solo Julia, Luisa y Rosario apercibieron lo que pasaba en el salon; la última llamó á Morales y le dijo:

—Tenga vd. la bondad de ver lo que sucede en la antesala; temo algun disgusto personal.

—¿Qué dice vd.? preguntó el jóven mirando á su alrededor. ¿Acaso Guillermo y Miguel?...

—Creo que sí.

Felipe Morales salió precipitadamente.

Cuando llegó á la antesala, el brazo de Miguel se levantaba y vió caer su mano sobre la megilla del oficial.

Fácil es comprender el escándalo que produciria este suceso. Morales y Ortega se precipitaron sobre los dos adversarios que echaban fuego por los ojos. La tertulia se puso en conmocion. Rosario salió despechada, y echó en cara á Miguel su atrevimiento, pero Miguel le dijo colérico:

—Aquí me insultaron y aquí me vengué: nada veo en esto de particular. Si vd. consiente que su sobrino me robe públicamente la honra, ¿por qué no ha de consentir que le robe públicamente la suya?

Un murmullo de desaprobacion acogió estas palabras, y Miguel de Céspedes miró con insolente faz á los concurrentes, que callaron al punto.

Julia cayó desmayada; esta vez confieso que no fué un fingimiento de muger; lo estraño es que no se hubiese muerto con un golpe semejante; verdad es que si hubiese muerto se acabaria aquí la novela.

Antes de abandonar la casa de Rosario, Guillermo y Miguel cambiaron sus targetas por conducto de Morales y de Ortega.

IV.

DOLOR Y DIGNIDAD.

¡Pobre Julia! sus ojos están hinchados: á raudales vertió las lágrimas en aquella noche que se siguió al drama provocado por los celos de Céspedes; su corazon, oprimido con el ridículo, habia estallado á la idea del duelo; temblaba por su marido, á quien amaba siempre; temblaba por él solo, pues jamás dió cabida en su pecho á las lisongeras espresiones con que la aturdian los pisaverdes; nunca puso sus ojos en Guillermo, á pesar de su perseverancia: amaba á su marido y sabia conservar su honor para el hombre que habia realizado sus ensueños y sus esperanzas.

Cuando Julia salió de casa de Rosario, entró desfallecida en su carruaje. Miguel no rompió el silencio hasta que llegaron á su casa. El corazon de la infeliz esposa queria romper las paredes de su prision y salirse del pecho: tal era su terror.

Miguel le dijo, despues de pasearse agitadamente por el cuarto:

—Ya ves tu obra, Julia; ese atrevido mozalvete que ha puesto en tí los ojos, morirá mañana ó me arrancará

Biblioteca Regional de Madrid

la vida; si muere, caiga sobre tí su sangre, por haber dado oidos á sus palabras; si muero yo, serás doblemente criminal; pero quedarás libre para burlar mi memoria.... ¡Oh! no.... ¡le mataré!

Miguel se golpeaba furioso la frente con las manos.

Julia no podia contestar, porque su agitacion era espantosa.

Hubo un momento de silencio.

Miguel volvió á acercarse á Julia, y acabó de atormentarla con estas palabras:

—¿Nada contestas?... Llevas en tu rostro el sello del crimen. Sí: el mundo me señala con el dedo, y esa vergüenza me la arrojas á la cara. Ahora no dirás que son celos, no: es la realidad. Ayer me desgarraron los oidos las palabras de un indiferente que contemplaba feliz á ese hombre odioso.... ¡Oh! ¡agradéceme que no te mate!

Julia estaba de rodillas; habia querido levantarse, y su desfallecimiento la abatia. Miguel, frenético, continuaba:

—Sí, esa es tu postura, la postura de una muger criminal; pero no te perdono.

—No imploro perdon, gritó Julia, reuniendo todas sus fuerzas; no soy criminal; mátame, pero no me acuses injustamente;

—¡Basta! gritó el marido exasperado.

—¡No basta! dijo Julia fuera de sí; no basta, porque se me arroja á la cara un sello de vergüenza que rechazo. Estoy pura, tan pura....

—¡Basta! repitio Miguel; ¡basta! Sé lo que debo hacer.

Y salió despechado.

Dieron las nueve de la mañana. La luz se habia estinguido sin que Julia notase la oscuridad; tampoco vió despues el sol, que rompiendo la aurora, entraba por las rendijas del balcon, y permanecia inmóvil en el mismo sitio donde la habia dejado su marido; respiraba apenas, y por su palidez parecia un cadáver: tal era su estupor, que no sintió la puerta de la calle que se cerraba á una hora desusada.

Al dar las nueve, alzó Julia la cabeza y lanzó un profundo sollozo; pasóse las manos por la frente, y como quien recuerda de improviso algun suceso, se estremeció rompiendo á llorar con fuerza. Esto mitigó algun tanto su dolor, pues no hay duda que las lágrimas cuando salen de los ojos han bañado antes el corazon: son el único bálsamo para aliviar una pena.

Abrieron la puerta de su cuarto y entró una criada, que retrocedió, viéndola con el mismo trage que la noche anterior.

—¿Qué buscas, Filomena? preguntó Julia.

—Señora, un caballero se obstina en hablar con usted, apesar de la hora....

—¿Quién es? dijo la jóven presintiendo una desgracia.

—El señor de Ortega.

—¡Ortega! ¡Dios mio!... ¡Miguel ha muerto!

La criada abrió los ojos espantada y alzó los hombros sin atreverse á hablar.

—Dile que pase.

—Voy al punto.

Salió la criada, y pocos minutos despues entró Eladio. Su rostro estaba sereno.

Julia se levantó velozmente, y cogiendo una mano á Ortega, le preguntó con frenesí:

—¿Ha muerto?

—No, señora; serénese vd.

—¿Está herido?

—¿Cuál de los dos?

—¡Mi marido, caballero! El otro solo me importa por la humanidad.

—Lo creo, repuso Ortega.

—Acabe vd. de darme la noticia.

—Señora, Guillermo ha sido la víctima; la bala le ha atravesado el pecho; y el médico desespera por su vida.

—¡Ah! ¡respiro!... ¿Y Miguel?

—Desapareció del sitio del combate poco despues, creyendo sin duda muerto á su adversario.

—¡Infeliz! murmuró Julia.

—Infeliz, tiene vd. razon, señora, era digno de mejor suerte, por mas que fuera un pobre diablo. Su único crimen era amar á una muger ingrata.

Julia no contestó.

Eladio la contempló un instante en silencio y dijo entre sí:—«La ocasion me parece buena, y aunque es una virtud feroz.... no importa; mientras mas resistencia, mas gloriosa es la victoria.»

El jóven tomó una silla, se sentó al lado de Julia y dijo con intencion marcada:

—Compadezco, señora, á la muger que tropieza con un hombre como Céspedes, porque el ridículo le amenaza siempre. Olvida lo que vale su muger, si es que alguna vez supo apreciarla; no conoce la joya que posee y si teme perderla, es por amor propio, no por cariño.

—¡No comprendo ese lenguage!...

—Este lenguage, interrumpió Ortega, es el lenguage del amor herido; sí, Julia: en esta ocasion necesito hablar, porque la veo á vd. oprimida. Si es un crimen adorarla á vd. que venga Miguel y me mate; solo así borraré la pasion que se ha apoderado de mí. Pague vd. los desdenes de ese hombre con otros desdenes; castigue vd. su infamia y el ridículo que le ha arrojado en público.

Julia se habia puesto de pié, y con dignidad le dijo:

—No prosiga vd. Tamaña ofensa no debiera esperarla de quien blasona de caballero. Suplico á vd. que guarde sus palabras injuriosas y que respete á mi marido como le respeto yo.

—¿Acaso le injurio? repuso Ortega sin desconcertarse, pero debe vd. agradecer que me constituya en su protector; y mas cuando esta proteccion es hija de un amor grande que servirá de escudo á sus ataques bruscos....

—Doy á vd. gracias, caballero, contestó Julia; pero no necesito proteccion contra mi marido. Cualquiera que sea la suerte que me espere, la sufriré gustosa, porque tendré mi conciencia libre de remordimientos. Soy inocente, y si me acusa, sabré defenderme.

Mordióse Ortega los labios y añadió:

—Está bien; si vd. me desprecia, sabré vengarme. No consiento que impunemente hieran mi orgullo.

—¡Vengarse! ¿de qué?...

—Necesito que vd. me ame; de lo contrario pronto sentirá vd. el hierro de la venganza.

—Salga vd. de mi presencia. Si cree vd. abusar de una pobre muger, porque es desgraciada, se equivoca, pues sé combatir mi infortunio sin compartirlo con nadie. Una venganza me importa poco, mientras no ataque mi honor, y no será vd. capaz de semejante afrenta.

—¿Quién sabe? esclamó Ortega maliciosamente. No olvide vd. que me ha despreciado.

—Se equivoca vd. Mis deberes....

—¡Oh! ¡palabrería! Cuando el corazon tiene impulsos el deber es juguete que se toma y se deja al capricho. No hay deberes para el corazon.

Llamaron á la campanilla. Miguel de Céspedes entró en su casa sin llegarse al cuarto de su muger.

Ortega salió rechinando los dientes de rabia y dijo:

—Veinte onzas me costará, pero no me rindo sin pelear. Veremos lo que resulta de otra entrevista, pues no he escojido la mejor ocasion.

Julia rompió los diques de su llanto cuando estuvo sola, diciendo entre sollozos:

—¡Dios mio! ¿por qué me abandonas?... El mundo me deshonra injustamente y los hombres se atreven á aprovecharse de la opinion que me acusa.... ¡Soy inocente!... ¡No me abandones, Dios mio!....

Y volvieron á romperse los diques de su llanto.

V.

AL BORDE DE LA TUMBA.

Salia el médico de la habitacion de Guillermo, despues de hacer un gesto significativo, que comprendieron dos mugeres que estaban sentadas á la cabecera del enfermo. Ambas se levantaron y le siguieron al aposento contiguo. Una de ellas le preguntó:

—¿Será posible, doctor, que desespere vd. de salvar á mi sobrino?

—Desesperar, no; pero su estado es alarmante, señora; la bala le ha rozado una costilla, pasando no lejos del corazon. ¡Oh! bien se conoce que es una mano diestra la que le ha herido. Mañana se hará una junta, y veremos.

—¡Dios quiera arrebatar de la muerte á ese desgraciado! murmuró Rosario.

El médico movió la cabeza hácia un lado, arqueó los ojos, sacó el labio inferior, y despues de encojerse de hombros, salió del aposento despidiéndose.

Rosario dijo á la que le acompañaba.

—Ese hombre, querida Luisa, ese maldito Miguel es nuestro ángel malo; ya ves, cuando creiamos turbar su felicidad, poniendo á riesgo su vida, le favorece una bala para librarse de su enemigo.

—Está escudado con su suerte y en vano trataremos de luchar con él; pero nada sabemos de su entrevista con Julia, despues del duelo. Seguramente la paz matrimonial habrá sufrido un golpe contundente.

—Es muy posible: tiempo hace que corremos la voz de que Julia es infiel á Céspedes; hasta anteanoche no llegó á sus oidos. Miguel es orgulloso y no capitulará con el ridículo que cree lleva encima.

—Y Julia se decide á ser virtuosa, á pesar de nuestros consejos, añadió Luisa. Es una desgracia; pero ¿no sabes, Rosario, la apuesta que media entre Guillermo y Ortega?

—Ignoro de que apuesta me hablas.

—Ortega apostó con tu sobrino veinte onzas á que vencia la virtud de Julia; ya conoces las ideas escolares de Guillermo, que pondria las manos en el fuego por la muger que ama.

—¡Soberbio! dijo Rosario; Ortega es hombre audaz, de mundo, y conoce la lógica con que debe combatirse á las mugeres: él nos vengará. Mañana haré que sepa todo Madrid que herido Guillermo, Ortega le sustituye.

—¡Eres el demonio!....

—No: soy una muger que se vé arrojada de su paraiso.

—¿Y quieres perder á ese matrimonio?

—Necesito volver loco á Miguel.

—¡Pobre Guillermo!

—Perderá su apuesta, añadió Rosario; pero la pagaré si no muere, y sacamos partido de esta intriga.

El asistente de Guillermo entró y dijo á Rosario:

—El señor de Céspedes quiere ver á mi teniente.

—¡Céspedes en mi casa! esclamó la viuda. ¿Qué busca?

—No sé; él lo dirá, contestó el soldado con la brusca franqueza propia del militar.

Rosario y Luisa se miraron atónitas.

—Dile que es imposible ver al enfermo; el médico lo ha prohibido.

—No es imposible, señora, contestó el mismo Miguel abriendo la puerta.

—¡Qué audacia! murmuró Rosario mordiéndose los labios de rabia.

—El médico me ha dicho, pues acabo de encontrarle, que á pesar del mal estado del jóven oficial, puedo hablar con él, continuó Céspedes. Vengo porque Guillermo me manda llamar; ignoro para qué, señora, pero soy puntual siempre que se me cita.

—¿Una cita?

—Sí. Con vuestro permiso, señoras, voy á entrar en su cuarto.

Miguel abrió la puerta del aposento de Guillermo, teniendo cuidado de echar el cerrojo, despues que hubo entrado.

Por un impulso natural, sin decirse una palabra, las dos amigas se acercaron á la puerta y prestaron el oido.

Guillermo alzó un poco la cabeza al ruido que hizo Miguel; este contempló en silencio aquel rostro donde estaba pintada la muerte, y se estremeció á su pesar.

El herido hizo una seña á Céspedes para que se acercara y tomase asiento. Miguel le obedeció diciendo:

—Me ha mandado vd. llamar y deseo saber que hay de comun entre nosotros.

—Hay el honor de una muger, esclamó Guillermo esforzándose para hablar.

—Esa es cuenta mia, caballero....

—No, interrumpió el teniente; debo antes de morir aclarar una gran sospecha que perjudica á una muger. Poco tiempo creo que me queda de vida, pues voy á pagar bien caro mi amor; sí, Miguel, amo á Julia con frenesí y atenté al honor de vd.; pero....

—¡Caballero!...

—Hablo con la verdad del moribundo que se confiesa; juro ante Dios que Julia rechazó heróicamente mis seducciones; sí, Céspedes: es un ángel y no habia nacido para mí.

—No vengo, dijo Miguel sarcásticamente, á escuchar en boca de vd. un panejírico de mi muger; juzgué que otra seria la causa porque me llamaba; así, me retiro.

—Espere vd., Céspedes; escuche vd. mis palabras dictadas al borde de la tumba por la ingenuidad: ¡nunca miente un moribundo! Julia es digna de vd. Ni un solo instante luchó con sus deberes para ser mia; hágala vd. feliz, porque lo merece y moriré contento. Su misma virtud avivó mi pasion y prefiero ya la muerte á su presencia. Mi falta está bien castigada: si el mundo habló de nosotros, vd. desvanece el ridículo con mi muerte. Julia es inocente....

Miguel escuchaba á Guillermo con los brazos cruzados; los celos daban un lugar á la razon y empezó á rasgarse el velo que cubria sus ojos. Las palabras del moribundo penetraron hasta su corazon y respiró libremente; podrian engañarle, pero se inclinaba en su favor.

El esfuerzo que habia hecho el herido para hablar y la emocion le produjeron un desmayo.

Miguel llamó, y Luisa, Rosario y el asistente entraron en el cuarto. Miguel salió sin despedirse.

Cuando el viento de la calle azotó su rostro, volvió en sí y se detuvo un momento para reflexionar. Despues esclamó entre dientes:

—¿Quién sabe? Guillermo es cándido como un niño y hay sinceridad en su declaracion.... Esploraré el campo, no me cojan como á un incauto.... Si muere, bien muerto está: ademas ¡ama á Julia!... ¡Oh! ¡malditos celos!....

Miguel se embozó en la capa y apresuró el paso.

Cuando Guillermo volvió del desmayo, su tia y Luisa salieron del aposento. Esta dijo á aquella:

—¡Qué maldito contratiempo! ¿Habrá creido Miguel en la virtud de Julia?

—Sospecho que sí.

—Es preciso darnos prisa, Rosario. Una reaccion puede favorecernos.

—Haz por hablar con Eladio.

—Le veré mañana en la *soirée* de la marquesa del Alamo, contestó Luisa. Tu sobrino es un colegial completo: tener conciencia en nuestro siglo es una estupidez.

—¿Qué quieres? está enamorado, tiene veinte y un años y no conoce el mundo.

—Te juro que destruiré el buen efecto de ese rasgo infantil.

—Estoy dispuesta á ayudarte.

—Adios, Rosario.

—Adios, Luisa.

(*Se concluirá.*)

EL ALTÍSIMO.

ENSAYO ÉPICO RELIGIOSO.

INTRODUCCION.

I.

Oid de un vate la leyenda santa
En dulces versos y en idioma suave,
Al Ser Supremo entusiasmado canta
Con sacra lira y con acento grave:

Biblioteca Regional de Madrid

No la voz suya por ganar levanta
Preclaro nombre que su patria alabe;
Solo le inclina á levantarla ahora
La fé gigante que en su pecho mora.

II.

Tan solo mueve mi cristiana pluma
Mirar de un Dios la inmensurable gloria,
De sus misterios la grandeza suma,
De su existencia la divina historia;
Y ese poder que del mortal abruma
La feble inteligencia y la memoria,
Presentándole en orbes infinitos
De su mano eternal hechos benditos.

III.

Venid vosotros los que erguís la frente
Con necio orgullo y altivez sobrada,
Vereis la Magestad omnipotente
Que alzó del polvo vuestra oscura nada:
La vereis en su trono refulgente
Por querubes y arcángeles velada
De nubes de oro desgarrar los velos
Y mostrarse en la cumbre de los cielos.

IV.

Y bajando del caos á lo profundo
Y abriendo sus abismos insondables,
Romper tinieblas y surgir un mundo
En piélagos de luz interminables:
Preciosa concepcion, suelo fecundo
En portentos y en obras formidables,
Libro asombroso de sublime ciencia
Donde escrita dejó su Omnipotencia.

V.

Cimas del Thibet que entre nieve y flores
Subisteis á besar el firmamento,
Peñascos de Himaléch abrasadores
Que del Indo guardais el nacimiento;
Montañas donde anidan las condores,
Cerros que hallais en Al-Maghréb asiento,
Rocas del Monte-Blanco y del Kosumbra
Y las ignotas que otro sol alumbra:

VI.

Repetid el que elevo augusto canto
Al Rey de reyes que en el alto impera;
Yo quiero que al oir su nombre santo
Lanceis el trueno á la celeste esfera:
Entonces con respeto y con espanto
Prosternada vereis la tierra entera
Escuchando en redor del harpa mia
De escelsa inspiracion grata armonía.

VII.

Entonces del Océano anchuroso
Las ondas llevarán mi sacro acento
A los valles del Yémen delicioso;
Y el hijo de Ismael, que toma aliento
A la sombra del sésamo oloroso,
Pregonar ha de oir al blando viento
En torno al tamarindo y los bananos
La alabanza del Dios de los cristianos.

VIII.

Y en la India pagoda del bracmina
Y en los templos donde ora el Dalai-Lama
El eco de esta historia peregrina
Tambien resonará; y de Budha y Brahma
Los ídolos, al ver la luz divina
Que brotó de la Cruz en pura llama,
Su semblante ocultando en el averno
«No hay mas Dios, gritarán, *que el Dios Eterno.»*

IX.

Y á este hórrido grito contestando
La errante sinagoga en cien naciones,
De sus piedras saldrá clamor infando
Envuelto en las celestes maldiciones:
Voz que rechace del altar nefando
Los himnos y las vanas oraciones
Que al Grande Jehová con fé mentida
Le dirige una raza deicida.

X.

Y del Imaus en la soberbia cumbre
La sombra del Señor apareciendo,
El Etna entre pirámides de lumbre
Gloriosa cruzará: y resplandeciendo
En medio de otros mundos, cuando alumbre
De un perenne Stromból el fuego horrendo
En las tumbas poniéndose de hinojos
Los muertos abrirán su yertos ojos.

XI.

Y bramando del Niágara el torrente
En el cóncavo abismo al despeñarse,
Un nombre se ha de oir omnipotente
En mitad de sus aguas pronunciarse:
Nombre que el Simoun de soplo ardiente
A remoto pais ha de llevarse,
Para que al son de mi canoro verso
Le repita asombrado el universo.

XII.

¡Bendito! dirá entonce el aura pura
Que los diamantes del Ajaba mece
En los pampas de nítida verdura
Donde argentado el arrayan florece.
¡Bendito! de Uruguay desde la hondura
Nereida hermosa que entre linfas crece
Cantará en su pensil de cinamomos,
De camélias, de dálias y de amomos.

XIII.

¡Bendito! Esclamarán en trinos suaves
Marchando á los palacios de Ayodhia
De plumas de oro las preciosas aves,
Flores que vuelan y el albor del dia
Surcan veloces cual doradas naves
Que rica Tiro del Oriente envia.
¡Bendito! añadirá del sol la esposa
Isla que viste la fragante rosa.

XIV.

¡Bendito! En las arenas del Sahara
Tambien prorumpirá fiera leona;
¡Bendito! el kangarú de forma rara
Donde al mar de archipiélagos corona
La region del Ofir. Y la que hablara
Encina de los bosques de Dodona
Con estruendo dirá:—*«raza helenëa*
«El Gran Nombre de Dios bendito sea.»

XV.

Sacras historias y poemas santos
Que á otros siglos donó plectro divino:
Bíblicas letras, sonorosos cantos
De Alighieri y Klopstóck, Milton y Alcino:
Dulcísima cancion que cisnes tantos
En la vega del Tormes cristalino
Cabe los muros de la patria mia
Al orbe hicieron escuchar un dia:

XVI.

Escelsa vibracion de lira argente
Pulsada por el vate prodigioso
Que al nacer despertó con *ay* potente
Las montañas de Irán; eco armonioso
Del grito que arrojara al Occidente
Sentándose en su cuna magestuoso,
Como si al alma creacion mandara
Que su venida al mundo publicara:

XVII.

Salmos de aquellas tropas de profetas
Que á Salém desde el alto descendian.
Y al compás del salterio y las trompetas,
El tímpano y el harpa, dirigian
Loöres al señor: tiernos poetas
Que á estos coros piadosos precedian,
Al pueblo de Israel la fé inspirando
Y á los cielos con himnos ensalzando:

XVIII.

Voz, en fin, de los recios aquilones
Y tormentas que hablais en lengua dura,
Venid todos á mí con vuestros sones
De horror y de nectárëa dulzura;
Prestadme cuantas hay modulaciones
En el seno de toda la natura,
Que leyenda tan grande y tan bendita
Lo bello y lo terrible necesita.

XIX.

Y vosotros espíritus alados
Que morais mas allá del firmamento,
Y ante el Sólio Santísimo postrados
Ois de Dios el poderoso acento,
Esos sonidos al mortal guardados
Dadme un instante; y al llevar el viento
Los divos cantos de la musa mia
Del cielo llevará la melodía.

XX.

Dadme las voces, si, del suave *Hosanna*
Que entonais sin cesar en las alturas:
Pasen de vuestra boca sobrehumana
Al labio mio las palabras puras:
Y humillarse vereis con fé cristiana
De unos mundos sin fin las criaturas
Cuando yo en alabanza del Altísimo
Hoy pulse de oro mi laud dulcísimo.

JOSE DONCEL Y ORDAZ.

Valladolid.—1851.

NAPOLEON EN SANTA ELENA.

El *bill* que condujo á Napoleon á la roca de Santa Elena, es un acto de proscripcion parecido á los de Sila, si no es todavía peor. «Los romanos persiguieron á Anibal hasta lo interior de la Bitinia. Obtuvo Flaminio del rey Prusias la muerte de aquel grande hombre, esclamaba Napoleon, y sin embargo, fué acusado en Roma de haber obrado asi para satisfacer su odio personal.»

Muchas veces se esforzaba el emperador en suavizar con reflexiones menos amargas los sufrimientos y dolores de su posicion. «Nuestra situacion sobre esa roca, decia, puede tener atractivos; el destierro tiene sus ventajas. Somos los mártires de una causa inmortal, el mundo nos contempla, llórannos millones de hombres, suspira la patria y viste luto la gloria; luchamos aqui contra la opresion, y tenemos á favor nuestro los votos de las naciones. Si no pensara nada mas que en mí, tal vez tendria que alegrarme; las desgracias tienen tambien su heroismo y su gloria. Faltaba la adversidad á mi carrera. Si hubiese muerto en el trono rodeado de todo mi esplendor y de todo mi poderío, el imperio hubiese sido un problema para muchos, mas hoy, merced á mi desgracia, podrán juzgarme con libertad.» Napoleon examinaba en seguida los diferentes cambios que podia ocasionar su salida de Santa Elena.

La permanencia de Napoleon en Santa Elena, no es en cierto modo mas que una prolongada agonía; trazar su historia, es trazar la de sus últimos momentos, es contar su muerte. El 26 de marzo de 1821, la enfermedad del emperador tomó un carácter grave; en vista del mal, el doctor Antomarchi no se atrevió mas á fiarse solamente de sus luces; pero el enfermo no queria de ningun modo médico inglés, y se hacia indispensable una consulta. «¡Una consulta! ¿de qué servirá? esclamaba el glorioso cautivo; todos vosotros jugais á la gallina ciega. Otro médico no veria mas claro que vos lo que pasa en mi cuerpo, y si pretendiese leer mejor en él, seria un charlatan que me haria perder la poca confianza que tengo en los hijos de Hipócrates. Por otra parte, ¿á quién consultaria? ¿á ingleses que recibirian las inspiraciones de Hundson? No quiero, lo he dicho ya; prefiero que se acabe la iniquidad; la deshonra equivale á todas mis angustias.» No obstante, consintió Napoleon en recibir al doctor Arnolt, físico del vigésimo regimiento.

La enfermedad hacia rápidos progresos, y Napoleon no queria tomar ningun remedio. «Los cuidados me son inútiles; lo que sucede está escrito, nuestra hora está marcada, y ninguno de nosotros puede tomar del tiempo la parte que la naturaleza le rehusa. Y por otra parte, ¿cómo resignaré á tomar todos esos medicamentos? eso es superior á mis fuerzas, pues es cosa inaudita mi aversion á los remedios.»

El 5 de mayo, pocas horas antes de morir Napoleon, dió principio la mas desgarradora escena del mundo. La condesa Bertrand, que á pesar de sus dolencias no habia querido abandonar un instante el lecho del augusto enfermo, hizo llamar primero á su hija Hortensia, y despues á sus tres hijos, para que vieran por última vez al que habia sido su bienhechor. Impulsados por un mismo movimiento, se arrojan al lecho, cogen las dos manos del emperador, y las inundan con sus lágrimas. A las once menos cuarto exhaló Napoleon el postrimer suspiro.

Encontróse entre sus papeles un codicilo, cuyo primer artículo estaba concebido en estos términos: «Deseo que mis cenizas descansen á orillas del Sena, en medio de aquel pueblo francés que he amado tanto.» Los ejecutores testamentarios, dieron noticia de esa pieza al gobernador, el cual se opuso á semejante pretension, y todas las súplicas fueron inútiles. El cuerpo de Napoleon debia quedar en Santa Elena.

Verificáronse los funerales el 8 de mayo.

La tumba donde estuvo enterrado Napoleon, dista casi una legua de Longwood; tiene una forma cuadrangular, mas ancha en la parte de la cabeza que en la de los pies, y es de unos doce pies de profundidad; estaba el féretro colocado en dos fuertes cajas de madera, y aislado en toda su circunferencia. Allí permaneció el poderoso capitan, hasta que el poder reparador ha conducido sus despojos á Francia, al seno de aquel pais que le debe tantos laureles, tantos triunfos y tanta gloria.

NOTICIA DE ALGUNOS HISTORIADORES CELEBRES.

Buk vivió en tiempo de Cárlos I, y fué el primero que se atrevió á vengar la memoria de Ricardo III, á quien imitaron despues Horacio, Walpole y otros muchos, que ya no dejan duda de la injusticia con que fué calumniado aquel príncipe.

Eikon Basilike publicó la mejor y mas completa justificacion de Cárlos I, escrita por él mismo, y tuvo una aceptacion estraordinaria al tiempo de su publicacion.

Sir S. Ewes, que dejó de existir el año 1650, escribió el Diario del Parlamento en tiempo de Isabel.

Selden, cuyo saber fué prodigioso, es muy celebrado por su obra de los Títulos de honor, y vivió hasta el año de 1654.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.
Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8

Biblioteca Regional de Madrid